

RELACIONES PADRES E HIJOS

Aurora Bernal

Sonia Rivas

1. Marco conceptual

En este capítulo del Informe se va a analizar el apartado E de la Encuesta «la familia, recurso de la sociedad».

Las relaciones paterno-filiales constituyen uno de los objetos clave de la investigación que estamos llevando a cabo. Partiendo de la definición de familia como relación de reciprocidad plena y estable entre sexos y generaciones, centrar nuestra atención en una de las relaciones intrafamiliares, entre padres e hijos, es fundamental. A estos se suma, que en el amplio abanico de cuestiones que intentamos estudiar, sobresale el interés por conocer cómo se educa en virtudes sociales —es decir, cualidades de las relaciones sociales que revierten en el bien de los relacionados—. Para esa educación, no es únicamente importante la dotación de virtudes personales de los agentes educativos, que en la investigación que estamos llevando a cabo es sobre padres e indirectamente sobre los abuelos al comparar generaciones, sino que las relaciones en sí mismas conforman un elemento educativo importante. Cuando nos aproximamos científicamente a la educación familiar, cuando analizamos los elementos que la constituyen, las relaciones familiares integran lo que se denomina el contexto junto a las comunidades cercanas a la familia y junto a la sociedad que la contiene en sentido amplio. El *contexto* es el «medio ambiente» de la educación. La familia dispone de agentes educativos y conforma un contexto educador. En la familia, las relaciones educan o deseducan al compás de cómo eduque cada miembro de la familia. Por esta razón es relevante atender al contexto educativo que supone en sí misma la familia. Si además observamos cómo la familia educa en virtu-

des sociales, el principal elemento educativo al que hay que prestarle atención son las relaciones mismas.

Lo habitual en la investigación educativa es relacionar el contexto con los modos y resultados educativos. Encontramos numerosos análisis que comienzan estableciendo los tipos de familia en función de su estructura, que a su vez se indica según los vínculos. La consistencia y estabilidad de los vínculos repercute en el desarrollo de las personas en temas tan relevantes como es la identidad personal y son también puestos en relación con el desarrollo social, con el desarrollo de emociones y con las conductas prosociales. Además se estudia de las familias: estilos de vida, cultura familiar, modos de comunicación, relaciones sociales, resiliencia, creencias y valores. Sobre algunas de estas características hemos obtenido datos en el estudio de campo llevado a cabo y a ellas nos vamos a referir.

En concreto, dividimos el análisis en las siguientes categorías que orientan el estudio para obtener alguna conclusión de cómo son las condiciones de las familias para educar en general, y en virtudes sociales en particular. Estas categorías, habituales en la investigación de educación familiar, son: 1) clima familiar, 2) identidad y competencia parental y 3) educación moral –en España es más frecuente hablar de educación en valores–. Aunque tratamos este tema en el apartado de la competencia parental, adelantamos una idea: la historia de los estudios sobre familia han identificado con el tiempo los procesos de socialización, transmisión de valores y de normas y educación. Estos procesos interactúan entre sí aunque no son exactamente lo mismo. No es de extrañar, a la hora de reflejar la investigación actual sobre estos temas, que hablemos indistintamente de cada uno de estos procesos y menos aún si llevamos a cabo una investigación en y desde un encuadre sociológico.

1.1. *Clima familiar*

Numerosos estudios sobre la transmisión de valores entre generaciones relacionan este tema con el clima familiar. De los estudios en familias en situación de riesgo se ha pasado a muestras en fami-

lias funcionales¹. Cómo se viven las normas y cómo influyen unos miembros en otros a la hora de comportarse, son aspectos importantes que repercuten en el modo de relacionarse y en la transmisión de valores.

El clima familiar integra el conjunto de los elementos investigados dentro del tema de la atmósfera de interacción padres e hijos (Maccoby, 2007: 34). Las modalidades de esta interacción se clasifican bajo el rótulo de estilos parentales. Clima emocional, cariño, seguridad, reciprocidad, disponibilidad, respuesta a las necesidades de los hijos, comunicación efectiva, vivencia de rutinas y rituales son elementos que propician o impiden el proceso de socialización y de educación. La interacción padres e hijos pende de la relación marital, sobre este pormenor puede constatarse un consenso total. El acuerdo entre padre y madre es capital para la educación de los hijos y para la interacción con ellos en general. Del clima familiar, uno de los objetos más investigados es el aspecto emocional y en conexión con los estilos parentales clasificados en función de dos variables, control y afecto (Chan y otros, 2009).

En general, se puede comprobar que familias con un orden, en las que los miembros están vinculados entre sí, facilitan que los padres puedan comunicarse de manera clara y coherente —el vehículo son los mensajes— y en un clima de cariño, están en mejores condiciones para transmitir valores a sus hijos. Lograr este clima responde a la conquista de cierta competencia parental. En lo que se refiere a transmisión de valores, se estudia del contexto familiar, del clima,

1. Cabe mencionar algunos instrumentos para medir el clima familiar: «The Family Adaptability and Cohesion Evaluation Scale» (FACES; Olson, Sprenkle, & Russell, 1979). Adaptabilidad es la característica de la familia por la que se observa su tendencia a cambiar la estructura, los roles en las relaciones, como respuesta a situaciones distintas, difíciles, etc. Según este criterio, las familias se clasifican en rígidas, estructuradas, flexibles y caóticas. La cohesión familiar se refiere a los vínculos emocionales en la familia y al grado de influencia de unos miembros en otros en la toma de decisiones. Según esta variable las familias se categorizan en cohesionadas, separadas, unidas y aglutinadas. Otro instrumento frecuente es la Escala de Clima Familiar (FES) (Moos y Moos, 1986).

la comunicación, las relaciones y los estándares de la familia. De la comunicación se indaga sobre la cantidad –tiempo– los contenidos, y modalidades –verbal y gestual–. En general es más positiva en familias cohesionadas. Las relaciones positivas entre padres e hijos suponen: apoyo, cariño, disponibilidad para salir al paso de las necesidades de los hijos. Los estándares tienen que ver con las expectativas, el control, el establecimiento de límites y la orientación que los padres realizan en la actividad de sus hijos. Estos elementos del contexto familiar son predictivos de adaptación social, desarrollo de competencias sociales y conductas prosociales (Hillaker y otros, 2008). Otras temáticas colaterales pero de las que no se puede pasar por alto es la disponibilidad del tiempo para gastarlo en la vida familiar o cómo se afrontan las dificultades –reveses económicos, enfermedades, cambios en el ciclo vital, divorcios, defunciones, migración, etc.–. El estrés que puedan generar estas situaciones incide en el clima familiar.

Otro asunto en el que cabe detenerse por algunas de las cuestiones planteadas en el estudio de campo es sobre el modelo de familia predominante a tenor de las relaciones intrafamiliares. En general, en España se observa una tendencia a relaciones menos jerárquicas y más igualitarias entre todos los miembros de la familia. Se intenta compaginar los proyectos de realización y autonomía individual con un proyecto familiar. Se procura el diálogo, la adopción de decisiones entre todos, y superar los conflictos por vías pacíficas. En este último punto sobresale más un deseo que una realidad, de ahí que los programas para aprender a resolver conflictos, también en la familia, han inundado la oferta formativa. El clima familiar se sustenta también por el modo de educar de los padres a sus hijos, particularidad de la que tratamos en el apartado de educación familiar en valores.

1.2. *Identidad y competencia parental*

Para evaluar la competencia parental, entendida como la «habilidad para ejercer positivamente el rol parental» (Martínez, 2009), hay

que delimitar qué funciones corresponden a los padres. Otras categorías similares usadas en la investigación son: capacidad parental, habilidad parental, parentalidad competente y parentalidad positiva. Se observa la interacción y los objetivos de los padres y madres en la relación con sus hijos. Los padres y madres se proponen promover la salud, el bienestar, la socialización y la educación de sus hijos, y cómo no, su felicidad. Las funciones de cuidado y protección son fundamentales. En ellas o en relación con ellas, los padres orientan y controlan a sus hijos en sus comportamientos y actividades. Los padres requieren para desempeñar estas funciones: conocimiento, motivación, recursos, y oportunidad –tiempo y espacio–.

La capacidad parental se comprueba cuando los padres demuestran a lo largo de tiempo habilidades respecto a promover: el apego, los vínculos, el cariño y el afecto, el control de las emociones propias, la empatía con los hijos, la comunicación, muestras de sensibilidad, el sentido de responsabilidad, logro de apoyos de la comunidad y de profesionales, la respuesta a las necesidades de los hijos, el conocimiento de los hijos, el cuidado, la socialización –control, sensibilidad, disciplina, ajuste– (Barudy y Datagnan, 2005). Mediante la categoría de parentalidad competente se designa la adaptabilidad a los hijos y al contexto próximo a la familia. Resolver problemas y percibir capacidades de los hijos son dos habilidades que se destacan a la hora de definir una parentalidad competente.

La evaluación de la competencia y capacidad parental se realiza siguiendo los modos de valoración de la autoeficacia que supone un juicio sobre la capacidad y se denomina eficacia parental percibida (De Montigny y Lacharité, 2005). En concreto, se valora el sentido de autoconfianza que responde al estado estable de cómo el sujeto se considera «capaz de» en general. Se tienen en cuenta: creencias, juicios, habilidades, cómo se organizan y ejecutan acciones que producen unos resultados esperados. La autoeficacia es diversa a la autoestima parental –juicio sobre el valor propio– y a la competencia parental percibida –juicio sobre la habilidad para hacer algo con eficacia, relacionado con situaciones específicas–.

1.3. *Educación familiar en valores*

En este estudio queremos destacar la educación orientada a fomentar las virtudes sociales. Por esta razón es preciso aclarar la confusión que suele darse entre socialización y educación. Por razones epistemológicas y dado que las primeras ciencias sociales que indagan sobre cómo son las relaciones intrafamiliares son: la sociología, la antropología socio-cultural y la psicología social, de las que es deudora la pedagogía para emprender indagaciones educativas con procedimientos empíricos, es habitual reducir la educación a la socialización. Con frecuencia las preguntas giran sobre cómo se transmiten valores, normas, creencias, costumbres, funciones, tradiciones, cultura –herencia de la sociología– y cómo se adquieren –impronta de la psicología social–. Se atisba quienes socializan, y quienes son socializados. Y el interés de este proceso se vuelca en las familias (Calzada, Fernández y Cortes, 2010). Comprobamos el consenso sobre su papel imprescindible para criar individuos que se adapten e integren en la sociedad y contribuyan a su adecuado funcionamiento. Con el tiempo se utiliza con más frecuencia el término educación en lugar del de socialización, recurso que a veces viene acompañado de introducir en las investigaciones más indicadores que señala específicamente un proceso educativo y no sólo de socialización (Gronhoj y Thogersen, 2009; Musitu, y otros, 2010).

La educación consiste en un proceso normativo, en el que los agentes educativos se proponen una finalidad; al acervo común pedagógico pertenece considerar que esa finalidad es que cada sujeto esté en condiciones de conducir su propio perfeccionamiento potenciando todas sus posibilidades. Entre ellas sobresale ser capaz de sostener relaciones sociales, interactuar con los otros no sólo para «funcionar» correctamente, sino para contribuir a la convivencia social y al bien de la sociedad. La educación es un proceso para lograr capital humano, cultural y social. En este estudio, vamos más allá, y por tanto no sólo nos conformamos con atisbar el papel socializador, en servicio de la adaptación e integración sociales, sino que pensamos cómo lograr virtudes sociales. Tema más evidente cuando estamos proponiendo un cambio social, para el que no nos podemos

limitar a criar individuos que se integren sin más a una sociedad de pobre capital social sino de formar personas capaces de incrementarlo.

La posible educación familiar en virtudes sociales está estructurada por el carácter de las relaciones familiares. Las relaciones marcan la vida familiar, el clima como acabamos de recordar. Están dirigidas por los responsables de la familia, los padres que si son competentes, también lo hemos mencionado en líneas precedentes, cuidan de sus hijos con eficacia, función que además de lograr el bienestar, educa en el sentido de promover la responsabilidad de unos por otros. Al menos constituye la primera piedra del entendimiento y vivencia de la reciprocidad entre personas.

Los estudios que encontramos más similares a esta temática son los estudios acerca de la educación familiar en valores. Se entiende por valor aquello que es deseable y que se piensa como tal. En la educación, el valor sirve de objetivo. El educador pretende que el educando «estime» algunos valores, aquellos que se consideran buenos, perfectivos para los sujetos, por los que actúen por los que se motiven. En la educación familiar, son los padres los que transmiten, viven y orientan a sus hijos en el proceso de adquisición de valores y sobre este proceso se investiga en abundancia (Knafo y Schwartz, 2003).

Como se desprende de los apartados precedentes, el clima familiar repercute en la adecuada transmisión de valores. La claridad en los mensajes –expresar objetivos precisos y medios–, el diálogo, el control y orientación equilibrados, el afecto, la coherencia entre instrucción y vivencia, el ejemplo, la disciplina, influyen directamente en la asimilación de los valores (López, 2008) también en lo que se refiere a valores sociales –emociones, conductas, virtudes–. Algunos estudios clasifican a las familias según cómo inculcan y mantienen un sistema de valores: rígidas, flexibles, aleatorias o sin medio –clasificación de Lautrey– (Rodríguez, 2004) o padres comprometidos en el logro, permisivos, comprometidos, que promueven una educación integral, o invisibles (Pérez y Cánovas, 1995).

La clasificación de estilos familiares de educación depende de qué se entiende por educación y qué aspecto de la educación se destaca, y en este sentido no encontramos una clasificación completa. Los estudios empíricos simplifican el objeto dada la complejidad de medir todas las variables que intervienen en la educación familiar. Una de las más estudiadas, como ya hemos indicado, es el uso de la disciplina equiparando estilos familiares de educación con estilos parentales.

Por último, cabe en este apartado introductorio señalar una precisión: se hace una lectura de los resultados desde una perspectiva sistémica de la familia, entendiendo ésta como un sistema de elementos interactuantes que no puede ser comprendido si no es a partir del análisis de la contribución de cada elemento al conjunto del sistema. Aunque la pretensión en general de toda la investigación es trascender el enfoque sistémico. De ahí que sea interesante al menos plantear que tendrá que ver la consideración de la familia como institución social importante para la marcha de la sociedad con la competencia parental educativa en valores sociales, cuestión que ya se considera en los análisis sociológicos, la transmisión de valores también depende de algunas características personales de los padres como son motivaciones, entendimiento social y madurez emocional (Maccoby, 2007).

2. Potencialidades y límites de la encuesta

El apartado E de la encuesta nos proporciona directamente los datos acerca de la relación entre padres e hijos; sin embargo, no podemos dejar de considerar otros datos a partir de los cuales podemos encontrar información relevante para obtener algunas conclusiones. Esta relación permite además comparar resultados entre este estudio y otros realizados recientemente en España. Adelantamos que excepto en alguna cuestión concreta que señalaremos, se confirman las tendencias de relación y educativas descritas en otros estudios. Precisamente de esta comparación con diversas investigaciones surge considerar algunos límites de esta encuesta para emitir un juicio algo más completo sobre la cuestión central que abordamos.

Como es sabido, tanto en la investigación de las interacciones padres e hijos desde la perspectiva sociológica o psicosocial, como desde una indagación pedagógica, las preguntas van dirigidas a padres e hijos comparando la percepción de ambos. El apartado E del cuestionario plantea preguntas a los padres acerca de la relación que existe entre padres-hijos, sin recoger información desde la perspectiva de los hijos. Dicho apartado incluye 12 cuestiones (de la P.22 a la P. 34), algunas de ellas dirigidas a los encuestados con hijos (de la P.27 a la P. 34). Visto el enfoque de las preguntas centradas en la persona del progenitor, en un futuro, sería interesante corroborar estas respuestas con las que dan los hijos sobre las mismas cuestiones.

Las respuestas sobre la relación familiar van a ser analizadas desde dos puntos de vista. En primer lugar, desde la idea o la representación mental que tienen los padres sobre su misión educativa. En segundo lugar, desde los modos o la forma que éstos ponen en marcha para lograr la educación y la crianza de sus hijos que desean. Por tanto, abordaremos esta cuestión desde dos grandes bloques: la identidad parental y el control parental –uno de los aspectos de la competencia parental–. En este sentido seguimos el modo habitual de proceder en este tipo de investigaciones.

En este estudio, como en otros, es difícil discernir qué valores se transmiten, tanto considerando un proceso no intencional, socializador, lo que de hecho se vive y se asimila, como distinguiendo un proceso educativo, intencional, qué valores se quieren enseñar y se enseñan en realidad. Una cosa es lo que se dice que se hace y otra lo que realmente sucede. Los padres en sus respuestas se dejan llevar por lo deseable, por lo «políticamente correcto» (Meil, 2006). En nuestro estudio se ha apreciado especialmente este hecho sobre todo en alguna de las respuestas como apuntamos.

Como señalamos en los siguientes apartados, hemos tenido en cuenta algunas de las partes de tres estudios sobre familia, relaciones padres e hijos y educación familiar, de: Pérez Díaz *et al.* (2001), Meil (2006) y Delgado (2007). No obstante en ellos no hemos podido apenas encontrar datos comparables sobre los valores –virtudes sociales– concretas que en nuestra encuesta hemos abordado.

3. Análisis de los datos

Siguiendo con el esquema expuesto en líneas precedentes, estructuramos el análisis de los datos acerca de las relaciones entre padres e hijos siguiendo las siguientes categorías: 1) tipo de familias según su estructura, 2) clima familiar, y 3) identidad y competencia parental.

Durante el proceso de análisis de los resultados –que se ha realizado a través del programa SPSS versión 15.0 para Windows– no hemos encontrado diferencias significativas atendiendo al sexo, la edad, el estado civil, la composición de la familia o al nivel de los estudios. En el caso de alguna cuestión más específica, hemos tratado de comprobar si hay diferencias significativas en razón de condiciones como contar con la ayuda de los abuelos (E 5), la práctica de la religión católica (P 3) o la situación laboral (E 7). Sin embargo, no hemos obtenido resultados positivos.

3.1. *Tipo de familias según estructura*

La presencia de un mayor o menor número de hijos crea circunstancias diferentes en la familia en cuanto a la diversidad de relaciones y a los vínculos que se establecen con el entorno, a las demandas de la maternidad-paternidad o a la posibilidad de ayuda para educar. Nos encontramos en la mayoría de los casos con un modelo familiar conyugal. El 73% de la población encuestada se ha casado en algún momento, aunque actualmente presente otro estado civil (separado, divorciado, viviendo con otra pareja o soltero, viudo). Resulta llamativa la alta valoración que se da al compromiso en la estabilidad de la unión en las relaciones (P. 16. 9.3 en una escala de 1 sobre 10), pero no al hecho de estar casado (P.20. 4.4 puntos sobre 10). El porcentaje más numeroso es la pareja casada con más de un hijo (40%) o bien con un solo hijo (24%)(1.8) como patrón predominante en la sociedad española. Según muestran los datos recogidos en 2004, predominan familias de padre y madre que trabajan ambos con dos hijos (30%), seguidas de las familias con dos hijos en las que un

cónyuge es el que cuenta con un trabajo reenumerado (24%) y continúan familias con un hijo y ambos cónyuges disponen de un trabajo remunerado (10%) (Meil, 2006).

3.2. *Clima familiar*

De todo lo que se puede estudiar del clima familiar, de las respuestas trataremos de extraer información que nos aproxime a conocer lo que los padres consideran que es más o menos importante acerca de: el acuerdo de la pareja, la satisfacción, el posible estrés, la direccionalidad de la relación familiar, el grado de cohesión que existe en el núcleo familiar, la ayuda con la que cuentan los miembros de la familia, o el tipo de comunicación que se establece. La confianza es también un aspecto relevante del clima familiar, básico para crear capital social en la familia y fuera de ella.

3.2.1. *Acuerdo, satisfacción y estrés*

Los resultados de la encuesta reflejan que las parejas se consideran muy capaces en ponerse de acuerdo entre ellas para afrontar los problemas relativos al cuidado, atención, formación y educación de sus hijos (P. 32, 8.1), incluso en el caso de personas separadas o divorciadas. Este dato concuerda con algún otro estudio en el que se señala que el estilo relacional mostrado por los progenitores suele coincidir en el 78% de los casos (Oliva, Parra y Arranz, 2008). La mayor coincidencia se produce cuando se trata del estilo democrático: cuando la madre manifiesta este estilo, la probabilidad de que el padre también lo muestre es del 81%. En el caso del estilo indiferente, la probabilidad es del 77.1%, y de 68.1% cuando se trataba del estilo estricto.

En la encuesta no se ha ahondado en los motivos que hay detrás de los acuerdos parentales. Por esta razón, cabe pensar que esta sintonía en la pareja puede deberse a diversas causas: a que comparten los mismos valores educativos (pensar que la educación de los hijos es primordial, como veíamos en la P. 13 y P.15), a que el ambiente

Tabla 1. Síntesis de las variables analizadas sobre clima familiar

Preguntas analizadas	Respuestas
P. 32. ¿Le resulta fácil ponerse de acuerdo con su pareja para afrontar los problemas relativos al cuidado, atención, formación y educación de sus hijos?	8.1 (valor entre 1 y 10, de nada capaz a totalmente)
P. 13. ¿La educación de los hijos es tarea primaria de los padres o, más bien de la sociedad en su conjunto...?	94 % (Labor primaria de los padres)
<i>¿Qué importancia otorga usted a cada una de estas finalidades en la relación de pareja?</i>	
P. 14. Situación personal de los miembros de la pareja	9.2 (valor entre 1 y 10, de nada importante a muy importante)
P. 15. Engendrar y educar a los hijos	9.2 (valor entre 1 y 10, de nada importante a muy importante)
P.7. En general en mi casa tenemos un ambiente optimista y sereno	8.8 (valor entre 1 y 10, de totalmente en desacuerdo a totalmente de acuerdo)
<i>¿Por qué, según usted, es importante encontrar una buena conciliación entre familia y trabajo?</i>	
P. 40. Para poder criar mejor a mis hijos	9.1 (valor entre 1 y 10, de nada de acuerdo a totalmente de acuerdo)
P. 41. Para invertir más tiempo en las relaciones personales (con la pareja/familia política/ otros familiares/otras familias/asociaciones)	8.6 (valor entre 1 y 10, de nada de acuerdo a totalmente de acuerdo)
P. 35. ¿Cuál es su familia ideal?	
– Una en la que uno de los dos trabaja a tiempo completo y el otro a tiempo parcial	45 %
– Una en la que los dos miembros de la pareja trabajan a tiempo completo	24 %

Preguntas analizadas	Respuestas
P. 36. ¿Qué familia tiene o cree que va a tener en un futuro próximo?	
– Una en la que los dos miembros de la pareja trabajan a tiempo completo	37 %
– Una en la uno de los dos trabaja a tiempo completo y el otro a tiempo parcial	24 %
– Una en la uno de los dos trabaja y el otro no (se ocupa de la familia)	23 %
P. 38. Por lo que respecta en concreto a la vida familiar ¿hay una clara y precisa división de las labores, o más bien son repartidas según vienen)	5, 7 (valor entre 1–casual– y 10 –clara división–)
E. 5. Usted, en su familia, ¿puede contar con la ayuda de los abuelos (los padres de usted o de su marido/mujer/pareja)?	59 % sí 40 % no

que les rodea fomenta el acuerdo en la pareja (como se apuntaba en la P.7 donde se señalaba que hay un ambiente optimista y sereno, con valoración de 8.8), a que los padres eviten la confrontación en aras de dar satisfacción a la pareja (P.14: satisfacción personal de los miembros con una puntuación de 9.2), a evitar el estrés y la confrontación, o bien optar por resignarse. También los encuestados consideran que es importante dedicar tiempo a cuidar a los hijos (P. 40, 9.1) y a velar por las relaciones personales entre las que se encuentra la familia (P. 41, 8.6) para lo que quieren conciliar trabajo y familia. Un 45 % piensa que la familia ideal sería con ambos cónyuges trabajando, pero uno de ellos a tiempo parcial (P. 35) frente a un 24 %, tiempo completo ambos, o un 22% uno de ellos en el hogar. En otros estudios se evidencia más directamente que los padres estiman que dedican a sus hijos poco tiempo por el trabajo. Si se pregunta a los hijos, esta deficiente dedicación la achacan más bien a los padres (Meil, 2006). Otros estudios analizan el tiempo de ocio compartido, tema de interés para obtener datos sobre el clima familiar y los tiempos en los que son posibles las relaciones intrafamiliares.

En otros estudios confirmamos la tendencia a que los padres concuerdan en que es su deber sacrificarse por los hijos y que les ayuden a salir adelante, así se destaca la opinión de una 85,2 % de mujeres encuestadas frente a un 6,5 % que estimaba que los padres han de seguir con su propia vida, respuesta más frecuente en personas de entre 15-24 años, una de cada diez piensan así, o entre mujeres de 35 a 39 años con hijos y sin pareja –17,4 %– (Delgado, 2007).

No obstante, estos datos tan optimistas no concuerdan con el hecho de que hay falta de división de labores en la vida familiar de los encuestados (P.38, 5.7). Además encontramos un porcentaje importante de padres que no cuentan con la ayuda de los abuelos para cuidar de sus hijos (40%, E 5). En términos generales, este desacuerdo posible en la distribución de labores y cuando escasea la ayuda, suele provocar situaciones de estrés y de más discusiones. Por esta razón, y por otros estudios sociológicos que avalan esta coexistencia pacífica de las familias actuales ante los desacuerdos (Meil, 2006) creemos que existe una gran deseabilidad social a la hora de responder. De otras encuestas realizadas en España se desprenden conclusiones similares: por una parte, la opinión sobre lo deseable; por otra, los hechos. Un 58 % de las mujeres piensan que es más difícil compatibilizar el trabajo con tener hijos, y cuesta la distribución de tiempos para el trabajo y para la vida doméstica, incluso se desea tener más hijos, 2, 5 de los que realmente tienen las familias españolas (Delgado, 2007). Los varones y mujeres responden de manera distinta ante el reparto de tareas domésticas, los acuerdos son sobre la tarea de educar, que se considera una labor más repartida entre cónyuges, y así lo perciben por igual varones y mujeres (Meil, 2006).

3.2.2. *Direccionalidad en las relaciones familiares, comunicación, reciprocidad, cohesión*

A la vista de las respuestas del cuestionario parece existir una relación de carácter bidireccional entre padres e hijos, en la que tiene gran valor la palabra. A su vez, las encuestas muestran que, para los padres de hoy, dejar que sus hijos que hablen con libertad es un

aspecto muy importante (P. 22, 9). Estos datos son superiores si los comparamos con la importancia que se le daba a esta cuestión en la generación anterior (P. 27, 7).

La comunicación positiva es muy valorada (P.22 y P.23): dejar hablar a los hijos y poder decir a los hijos. Se aprecia una adecuada expectativa respecto a la comunicación. Lo mismo se puede decir de la comunicación en la pareja, de la que depende la comunicación padres e hijos, dado que se da ese acuerdo en la pareja, sólo posible si se comunican convenientemente (P. 32). En relación con este tema existen abundantes estudios que procuran clasificar a las familias según negocien o no todo lo que afecte al comportamiento y a los deberes de cada uno de los miembros. Se observa un cambio respecto a las generaciones anteriores: ahora se negocia más. Como señala Meil en su estudio (2006), el 90 % de los padres consideran que es mejor negociar.

Los encuestados valoran con un 8.6 en una escala del 1 al 10 (P.8) el hecho de que en sus familias siente más el deber de ayudarse mutuamente que de exigir derechos y privilegios. Este sentido del deber de ayudar a los miembros de la familia es muy alto en situaciones ordinarias (P.43, 9), tan alto como en caso de necesidad urgente (P. 42, 9). No obstante, poco más de la mitad de las familias puede contar con la ayuda de los abuelos (maternos o paternos) (E.5, 59%). Este porcentaje es bastante similar al que han mostrado otros estudios (42% de los hogares cuentan con la ayuda habitual de los abuelos (Mary-Klose, Vaquera y Argeseanu, 2010). De manera similar se llega a esta consideración en otra muestra española en la que se descubre que la idea de la solidaridad familiar y el apoyo entre generaciones es mantenida por la mayoría de los encuestados (Delgado, 2007).

Es destacable que este alto porcentaje de ayuda se produce en un entorno de hogares en el que hay una mayoría de parejas casadas con uno o más hijos (E.2, 24% con un hijo, y 40% con más de un hijo), y en el que la mayoría pertenece a la religión católica (P.3, 79%). Probablemente, la raigambre cultural que hay en España del cristianismo y el carácter relacional de los miembros, hace que exista más que en otros países europeos la obligación moral de cuidar los miembros de la familia.

Tabla 2. Síntesis de las variables analizadas sobre comunicación, reciprocidad y cohesión en las relaciones familiares

Preguntas analizadas	Respuestas
<i>En su opinión para los padres de hoy ¿son importantes los siguientes aspectos?</i>	
P. 22. Dejar que los hijos hablen con libertad	9.0 (valor entre 1 y 10, de menos a más importante)
P. 23. Hacer entender a los hijos lo que se debe y lo que no se debe hacer	9.4 (valor entre 1 y 10, de menos a más importante)
<i>Intente ahora comparar la relación que usted tiene con sus hijos con la que tenían sus padres con usted</i>	
P. 27. Deja que los hijos hablen con libertad sobre cualquier cosa	7.0 (valor entre 1 y 10, de menos a más importante)
P. 28. Hace entender a los hijos lo que se debe y lo que no se debe hacer	7.5 (valor entre 1 y 10, de menos a más importante))
P. 32. ¿Le resulta fácil ponerse de acuerdo con su pareja para afrontar los problemas relativos al cuidado, atención, formación y educación de sus hijos?	8.1 (valor entre 1 y 10)
<i>Valoración de la ayuda</i>	
P. 8. En general, en mi casa sentimos más el deber de ayudarnos que de exigir derechos y privilegios	8.6 (valor entre 1 y 10, de totalmente en desacuerdo a totalmente de acuerdo)
P. 43. En general, ¿se ayudan en su familia...?	9.0
P. 42. En caso de necesidad urgente ¿puede contar con sus familiares...?	9.0

En este sentido, estos y otros datos (Meil, 2006) parecen indicar que existe una alta cohesión entre los miembros de las familias españolas y una densidad de ayuda mutua intensa. En términos del modelo de Olson, Russel y Sprenkle (1983) podríamos hablar de una familia conectada. Estos datos son similares a los volcados por otros estudios, donde se apunta que el apoyo más frecuente recibido de los padres es de tipo emocional (54%), seguido de ayuda económica (24%), tareas domésticas (20%) y cuidado de niños (16%) (Bazo, 2002).

3.2.3. *Confianza y clima emocional*

La confianza y el clima emocional están muy relacionados con la comunicación. La diferencia de puntuaciones que se manifiestan entre las dos generaciones acerca de la importancia de que los hijos hablen con libertad (P.22, 9) puede estar en el alto grado de confianza con el que se dice vivir en la familia (P. 6, 9.2), y en el ambiente optimista y sereno (P.7, 8.8). El predominio en la percepción de que en la familia se brinda más ayuda que exigencia conduce al bienestar emocional en la familia (P.8, 8.6). La valoración de la estabilidad (P.16, 9.3) equiparable a la que se concede a la satisfacción de la pareja (P.14, 9.2) nos conduce a sospechar a que se trata de cónyuges que intentan conservar la vinculación, actitud que engendra también confianza en las relaciones. Estas valoraciones han cambiado respecto a lo que perciben los encuestados de las estimaciones de sus padres, la generación anterior, en lo que concierne a la importancia de la satisfacción conyugal (P. 17, 8.2) y apenas se aprecia diferencia en la valoración de la estabilidad (P. 19, 9.4).

El hecho de que valoren estar muy satisfechos con su pareja puede hacernos concluir que estas familias gozan de uno de los elementos favorables a un clima emocional positivo que incide en el clima familiar también en positivo (P. 21, 9.1). Aunque ignoramos el nivel de afecto que se muestra en las relaciones familiares, cabe intuir que es alto.

La confianza que se necesita para establecer este clima aprendizaje es clave para que los hijos interioricen las normas de conducta. El clima familiar favorable de confianza en la relación es la base para que pueda existir un buen trato entre padres e hijos. De acuerdo con las respuestas del informe desconocemos si los hijos saben escuchar y si éstos muestran una actitud de aceptación y respeto en ese diálogo familiar. Cabría plantearse en ese caso un lado negativo: la falta de reconocimiento de la autoridad de la figura de los progenitores, la no aceptación de los argumentos de los padres, y por tanto, la falta de control parental.

3.3. *Identidad y competencia parental educativa*

La finalidad intrínsecamente propia que se le reconoce las familias de hoy en día, según los resultados de la encuesta, es la educación de sus hijos. Partimos del valor que las familias otorgan a la educación, para pasar a describir cómo se ven los padres a sí mismos como educadores. En esta identidad parental influyen tanto los valores personales de los padres como el sistema dominante en el entorno sociocultural.

3.3.1. *Identidad parental*

Los encuestados señalan que la familia como institución tiene una importancia relativa para la sociedad en su conjunto (P. 11, 59%) aunque consideran que contribuye, bastante por delante de cualquier otra institución, al desarrollo del país (P. 55, 8.5 vs. P.50-59). Sin embargo, el 94% reconoce la labor educativa de los hijos es tarea primaria de los padres (P. 13), y prioriza y antepone esta función de crianza a los aspectos laborales a la hora de tomar decisiones importantes (P. 37, 8.5 en la escala). Asimismo, la población encuestada considera que la finalidad de engendrar y de educar a los hijos es muy importante en la pareja (P.15, 9.2 puntos sobre 10), casi en igual medida que lo era en la generación precedente (P.18, 9.4 puntos sobre 10). Así, aunque los agentes que intervienen en la socialización y educación de los hijos son múltiples, y aunque la familia como institución puede estar desprestigiada por algunos sectores sociales, se le sigue reconociendo su labor intrínsecamente educativa.

Reconocer esta función educativa es un buen indicador de la identidad parental y buen punto de base para desempeñar una función educativa. Sin embargo, se puede deducir que los encuestados no acaban de comprender que esa tarea educativa también trasciende socialmente de un modo eficaz, no sólo porque se capacite a los individuos para integrarse adecuadamente en un contexto sino que aprenden una sociabilidad que luego se puede expandir hacia la sociedad. Al mismo tiempo, parecen defender que es la institución que más trasciende.

3.3.2. *Competencia parental autopercebida*

Los resultados de la encuesta reflejan que los padres de hoy creen ser bastante competentes o hábiles para poder educar a los hijos. Tiene una imagen de sí mismos como educadores bastante capaces para poder llevar a cabo esta misión, que por otro lado es la que se prioriza en la familia. Al mismo tiempo, los encuestados (tengan o no descendencia) creen que los padres de hoy piensan que la crianza de los hijos es más difícil de lo que se espera (P. 26, 8.1 en la escala).

A lo anterior se le suma el hecho de que un porcentaje importante de encuestados (P. 49, 52%) consideran que las familias de hoy son menos capaces que anteriormente de generar en las personas ciertos valores, como el respeto, la confianza, el sacrificio. Este resultado concuerda con el obtenido en otras investigaciones, en el que un 70% de los encuestados señalan que hoy en día es más difícil educar bien a los hijos (Meil, 2006). El autor señala que se debe a que ahora en las familias se negocia más pero indica la consideración de otros factores: influencia de la televisión, amigos, la sociedad en general. La impresión de menos capacidad que antes de produce tanto en varones como en mujeres, de todas las edades, con y sin estudios.

La forma como se desempeñan las funciones en la familia de hoy difieren de como se cumplieron en el pasado. No obstante, se percibe una importante dificultad y una tendencia de menor eficacia que en el pasado a la hora de educar. Podemos pensar que los encuestados perciben que en las familias con hijos existen retos y dificultades en su práctica diaria que difiere de la imagen que se han forjado como educadores ideales, o bien que se han forjado unas expectativas más altas de lo que ellos son capaces de acometer en su práctica diaria. Es decir, en la práctica las cosas suceden de otro modo a lo que uno había planeado. Incluso aunque se considera que se emplean medios más positivos como es una relación de carácter bidireccional entre padres e hijos, en la que tiene gran valor la palabra, como indicamos en líneas precedentes, se opina que se ha perdido eficacia educativa respecto a la generación anterior.

Cada etapa educativa lleva consigo una dificultad, que se ve agravada en mayor o menor medida en función de los componentes contextuales, familiares o personales. Según los datos del censo, las familias pueden tener hijos con edad de cursar estudios universitarios². Sin embargo, cuando se pregunta exclusivamente a los padres con hijos si es fácil ayudar a sus hijos a afrontar las dificultades grandes o pequeñas, dicen ser bastante capaces (P.33, 7.9 en la escala).

La entrevista no incluye preguntas acerca de las razones que dificultan ayudar a los hijos a afrontar las dificultades ante las que se encuentran (posible falta de control de los padres sobre el cumplimiento de la norma, o solución de los conflictos, por ejemplo). Puede ser que los padres desconozcan las dificultades reales de sus hijos o que las minimicen (Meil, 2006). Lo que sí sabemos es que existen elevados índices de audiencia en los *coaching shows*³, los programas televisivos que se emiten en parte para ayudar a las familias a controlar las conductas disfuncionales de sus hijos, en la infancia o en la adolescencia. Por este motivo podemos pensar que existe un alto índice de deseabilidad social por parte de los padres a la hora responder sobre su capacidad a la hora de superar las dificultades.

Una de las competencias importantes en la labor educativa de los padres es el control parental. Los padres son agentes que educan, no sólo cuando se proponen intencionalmente unos objetivos educativos concretos y explícitos, sino siempre que interactúan con los

2. El 22% de la muestra tiene entre 30-34 años de edad, el mismo tanto por ciento que los que tienen una edad comprendida entre 35-39 años. El 21% tienen entre 40 y 44 años, el 19% entre 45 y 49 años, y el 16% hasta 54 años de edad.

3. Según datos de audiencia del panel de Kantar Media, el share del programa *Supernanny* emitido por la cadena española Cuatro tuvo una cuota de media entre los meses de enero a abril de 2011 de 8.6. En el mismo período, la cuota media de audiencia del programa *Hermano Mayor*, tuvo una cuota media de pantalla que osciló entre el 10,5 y el 11,8%. Ambos cálculos provienen de un target de población entre 30 y 54 años de la Península y Baleares, y de una muestra de 11100 y 10842 individuos (*Supernanny* y *Hermano Mayor* relativamente).

hijos. Por esta razón se dice que la educación familiar en parte es no intencional. El concepto de control o disciplina parental se refiere a las estrategias y mecanismos de socialización que utilizan los padres para regular la conducta de los hijos y transmitir los contenidos. Ha quedado patente en esta entrevista que la población tiene muy asumido que es labor de los padres educar a los hijos.

La pregunta 23 («hacer entender lo que se debe y lo que no se debe hacer») tiene relación con el control que los padres tratan de ejercer con sus hijos. Para que los hijos puedan interiorizar los comportamientos y no sólo obedecerlos, deben empezar conociendo lo que está bien y lo que está mal. Este conocimiento es lo que les podrá moverles a ser realmente autónomos y libres, aunque luego éstos lo tengan que poner en práctica. Los encuestados consideran que para los padres de hoy es muy importante este aspecto (P. 23, 9.4).

Los encuestados, tengan o no hijos, opinan que es muy importante para los padres de hoy hacer entender a los hijos lo que se debe y lo que no se debe hacer (P. 23 y P. 25. 9.4 de respuesta en ambas preguntas), y transmitir a los hijos, con palabras y con el ejemplo, lo que realmente importa en la vida (P.25, 9.4). Una pregunta similar se plantea únicamente a los encuestados con hijos. A ellos se les pide que comparen la relación que mantienen con su descendencia con la que recibían de sus propios progenitores. Los datos revelan que la generación anterior valoraba menos estas dos cuestiones (9.4 puntos frente a 7.5: P. 28 y P. 30). Es decir, se amplían los márgenes entre las generaciones acerca de la negociación en las normas, así como el aumento de poder en los hijos.

Como ya destacamos al describir cómo es de fundamental la comunicación para condicionar un clima u otro familiar, las encuestas muestran que, para los padres de hoy, dejar que sus hijos que hablen con libertad es un aspecto muy importante (P. 22, 9). Estos datos son superiores si los comparamos con la importancia que se le daba a esta cuestión en la generación anterior (P. 27, 7).

Por tanto, cabe pensar que antes los hijos sabían lo qué se debe o no se debe hacer por la gran fuerza educativa que se le daba a los hechos, posiblemente relegando la capacidad discursiva de los pa-

dres a segundo plano. Probablemente, la costumbre, la tradición, los convencionalismos eran grandes aliados para los padres, en cuanto que la sociedad ayudaba a marcar los límites para que los hijos supieran qué se debía y qué no se debía hacer, y suplía en casi todo aquello que los padres no explicaban. En la actualidad en cambio, se invierten los argumentos: la sociedad no ayuda a marcar límites en las conductas de los ciudadanos de forma natural y los padres dedican su esfuerzo en explicar las razones de las conductas deseables. El resultado que se percibe en la sociedad es la pérdida de eficacia educativa, a pesar de este esfuerzo de las familias.

Se puede estar manteniendo una autoridad familiar que fomenta la libertad de los hijos y su autonomía quizás, junto con una apertura de temas a tratar en una actitud dialogante. No sabemos si esta autonomía mal encauzada provoca en la educación de los hijos el desconocimiento real de los límites y la pérdida de autoridad. Con los datos recogidos no tenemos información suficiente para conocer este hecho. Sin embargo, los resultados de informes similares (Meil, 2006) nos indican que nos encontramos con una generación de padres que han perdido la capacidad de control. Desconocemos el grado en que los padres emplean un estilo relacional que se caracteriza precisamente por este alto nivel de diálogo en la familia, pero poco nivel de control parental.

Existen dos estilos educativos que se caracterizan por el alto nivel en diálogo en la familia: el estilo indulgente y el estilo autorizativo. A la vista de los datos, podríamos pensar que la relación entre padres-hijos encaja en uno de los dos estilos educativos. Los padres con un estilo indulgente promueven prácticas de crianza con alto nivel de diálogo pero con disciplinas laxas, sus castigos o sanciones no son efectivos, fallan en el establecimiento de normas, y son sumisos ante las coacciones de sus hijos (Pichardo y cols., 2009). Los padres democráticos o autorizativos promueven la negociación y el diálogo, y responden a las demandas de sus hijos mostrando interés.

Las respuestas conducen a concluir que no se admite una educación permisiva. La pregunta 24 plantea a los encuestados (tengan o

no hijos) que valoren cómo creen que es de importante para las familias actuales dar a los hijos en todo lo que les pidan. La valoración de 3.6 en una escala de 10 es llamativamente baja, y mucho más si comparamos el resultado con otras respuestas (hacer entender a los hijos lo que se debe/no se debe hacer, que se expresen con libertad). Si además estos resultados los comparamos con la respuesta que dan únicamente los encuestados que son padres respecto al trato recibido de sus propios progenitores (P.29, 4,5), vemos que parece que antes se concedía más que ahora a los hijos.

En el cuestionario no se pregunta sobre las razones por las que se responde con este parámetro. Por tanto, solamente podemos aventurar las causas que se ha podido barajar. Quizás, que ahora se percibe que es menos importante dar los hijos en todo lo que piden sea debido a la crisis económica que estamos sufriendo. También puede deberse a la situación de bonanza económica que se vivió en la generación anterior, tras la época de restricción económica que ellos mismos vivieron. Tal vez ahora los hijos piden más bienes materiales que son más difíciles de conformar, o quizás los padres tienen una idea de proveedores materiales que no pueden alcanzar. Es decir: podríamos diferenciar entre lo que los padres quieren dar y no dan (porque no pueden al no tener bienes económicos), lo que los padres piensan que tienen que dar (porque creen que el grado de bienestar de sus hijos es suficiente), y las creencias generales de que lo material es menos importante que lo cognitivo (hacer entender las normas, por ejemplo).

En otras encuestas un 87 % de los padres considera que hoy en día los hijos están demasiado consentidos (Meil, 2006).

3.3.3. *Educación familiar en valores (virtudes sociales)*

El clima general de las familias, en lo que manifiesta al menos como deseable, propicia la educación en general y en virtudes sociales en particular, por ejemplo, así se observa en que sobresale cómo se añora la comunicación intrafamiliar.

Indirectamente se puede deducir de las respuesta acerca del tema de cómo piensan los padres que se ejercita el control –hacer

entender a los hijos lo que se debe y lo que no se debe hacer (P.23 y P.25, 9.4 de respuesta en ambas preguntas), y transmitir a los hijos, con palabras y con el ejemplo, lo que realmente importa en la vida (P.25, 9.4)– que éstos tienen intenciones educativas, saben para qué objetivos educar y que, con los modos adoptados, pretenden que sus hijos asimilen los valores –los razonen, elijan y vivan– y no sólo respondan a ellos por la fuerza. En la encuesta se emplean los verbos hacer entender (P.23) y transmitir (P.25) en dos preguntas, sobre cómo de importante es para los padres de hoy el aspecto cognitivo en la transmisión de normas. La alta valoración en las respuestas (9,4 puntos sobre 10) refleja la importancia que se otorga a hacer llegar el mensaje a través de la palabra, muchos mayor, como hemos apuntado con anterioridad, al que se daba en la generación anterior (9.4 frente a 7.5 puntos en una escala del 1 al 10, P.28 y P.30). Es decir, los resultados reflejan una vivencia de las relaciones en la que cobra peso la fuerza del diálogo, del razonamiento. El alto porcentaje de encuestados con nivel de estudios medios o altos (38% con estudios universitarios y el 28% con estudios de bachillerato) de alguna manera justifica que tenga peso el tratar de razonar a los hijos.

Este razonamiento se debe acompañar también del ejemplo, como se valora en la encuesta, a la hora de transmitir lo que realmente importa en la vida (P.25, 9.4). Este acompañamiento de ejemplo y de palabra en la transmisión de normas tiene más importancia que dar a los hijos en todo lo que piden (P.24, 3.6) o dejar que los hijos hablen con libertad (P.22, 9).

Respecto a la educación en virtudes sociales, fijándonos en el aspecto del ejemplo, de la experiencia real, parecen que escasean las oportunidades concretas. La frecuencia de participación de los miembros de la familia en actividades asociativas (sociales, culturales, religiosas, políticas) no es muy alta en términos generales (P.10, 5.1 en la escala). Probablemente, detrás de esta baja participación se pueda encontrar el desplazamiento del lugar de ocio y de recreo al hogar familiar, entre otros motivos por la equiparación de los hogares con todo tipo de tecnologías (Meil, 2006).

La disponibilidad de los miembros de la familia a los otros, como señalábamos a la hora de describir el clima familiar, disminuye cuando se trata de dedicar tiempo a ayudar a personas de fuera del entorno familiar (P.9, 5.2). Este tiempo se ofrece en primer lugar a la escucha y a la ayuda de otros para superar problemas (P.60, 7.5 y P.61, 6.9), y en segundo lugar, con menos frecuencia, al cuidado de personas dependientes (P.62, 6.6 y P.63, 6.6).

Los resultados reflejan que los familiares se han relacionado con personas muy parecidas a los encuestados en un 43% (P.44) y en pocas ocasiones con personas muy distintas (19%, P.44). En un tanto por ciento elevado (34%, P.44) casi nunca le han ayudado a conocer a otras personas. La familia ha cobrado una función limitada a la hora de hacer conocer a personas que ayudaran a obtener éxito en la vida de entrevistado (P.45, 6 en la escala de 10). Por tanto, cabe pensar que la apertura en las relaciones con los demás ha sido de carácter cerrado. Este dato muestra cierta deficiencia en la educación en virtudes sociales.

La pregunta 34 hace referencia a la frecuencia de participación de las familias en actividades fuera del núcleo familiar (participación en reuniones, conocimiento de padres de amigos de sus hijos, etc.). Las familias dicen dedicar mucho tiempo a sus hijos en un contexto distinto al del hogar (8.2). Hace pensar en la importancia que le dan las familias encuestadas al entorno educativo formal, y en la actitud positiva hacia las cuestiones escolares y relacionales. Sin embargo, estos datos de valoración tan altos contrastan con los bajos índices de participación que se registran de las familias en la escuela (Consejo Escolar del Estado – MEC, 2010). Tampoco concuerdan los resultados tan positivos de dedicación de tiempo a sus hijos con la problemática social existente entre la población juvenil: altos índices de fracaso y de abandono escolar, o de problemas de conductas.

En la encuesta hemos podido acceder a la estimación de valores concretos comparando generaciones. Se considera que en la generación anterior se conseguía educar para lograr la honestidad, el respeto de la ley (P.46, 9. 3), el sacrificarse por los demás y ayudar –solidaridad, generosidad– (P. 9.0). Le sigue en puntuación, que sigue

siendo alta, la educación en la confianza en los demás (P.47, 8.0). Como se ha comentado anteriormente, sólo un 35 % de los encuestados (P. 49) considera que los padres actualmente pueden educar en estos valores con la misma eficacia que la generación precedente; incluso un 52% percibe que son menos capaces. Podemos pensar que los padres encuentran serios obstáculos contextuales porque estiman que junto con las instituciones educativas –escuela y universidad– (P.51, 8.1) es la familia (P.55, 8,5) que más puede contribuir al desarrollo del país. Esto es lo «esperable» pero algo sucede que no se logra esa repercusión, de hecho sólo un 59% reconoce que la familia es una institución con valor público en comparación con un 40 % que afirma que es sólo cuestión de elecciones privadas (P.11).

4. Conclusiones

Los resultados encontrados respecto a cómo son las relaciones padres e hijos en la población española atendiendo a la tipología de las familias según su estructura, el clima familiar, la identidad y competencia parental confirman la tendencia observada en otros estudios realizados en España.

Las personas encuestadas reflejan valorar alto algunas actuaciones que condicionan un clima familiar positivo y satisfactorio, valores que no bajan del 8.1 en una escala del 1 al 10: ponerse de acuerdo para afrontar las funciones de cuidado, asistencia y educación de los hijos; compartir los mismos valores educativos; vivir en un ambiente optimista y sereno; evitar la confrontación para mantener la satisfacción en la pareja; estimar positivamente el tiempo dedicado al cuidado de los hijos y a tener tiempo libre de trabajo para dedicarlo a la vida familiar. También cabe deducir que en paralelo a esta recapacitación sobre lo ideal, se constata que de hecho no se ha conseguido superar el estrés que pueden sufrir las familias debido a una falta de división de labores de la vida doméstica y a no gozar de una condiciones laborales que permitan mayor atención a la familia.

Las generaciones más jóvenes reflejan mejor comunicación paterno-filial que la que tuvieron con sus padres, y que se manifiesta

en poder hablar con libertad entre ambos. Así mismo se muestra una adecuada comunicación entre cónyuges. Los encuestados consideran que el sentido primordial de las relaciones familiares es brindarse ayuda en cualquier situación dejando en un lugar secundario la exigencia de derechos ante los demás. También se constata que a veces no se llega a poder ofrecer la ayuda que se quisiera prestar como es el caso de que una gran parte de padres no pueden contar con la colaboración de los abuelos. Estas respuestas nos permiten concluir que en general hay una aspiración a lograr un ambiente de confianza en la familia y que de hecho se logra. Se confirma con la alta valoración de la estabilidad equiparable a la de la satisfacción conyugal, aspiraciones que suponen una alta motivación para sacar la familia adelante, creando un contexto muy favorable para la educación de los hijos, al menos en el terreno de lo deseable.

Encontramos una concienciación generalizada sobre la importancia de la paternidad y de la prioridad de la educación de los hijos entre las funciones de los padres. Se ven capaces de educar aunque al mismo tiempo estiman que ahora es más difícil educar que en la generación de sus padres. Se da prioridad a un estilo de educación en la que se explica las razones por las que se debe hacer algo y se es consciente de la importancia del ejemplo. Cobra fuerza el diálogo como medio de educación. Sí se constata una variación respecto a la generación anterior por un contexto y un estilo en que estaban más claro qué es lo que se debía hacer y qué valores y normas había que vivir. Llama la atención el mayor rechazo en la generación actual con respecto a la precedente de la educación permisiva.

A partir de las respuestas en torno al capital social podemos atisbar algunas ideas sobre cómo es realmente la educación en virtudes sociales. En general se puede apreciar que predomina un contexto familiar que favorece la sociabilidad pero en su ámbito interno. En el plano de lo deseable se estiman muy alto algunos valores cruciales para favorecer las relaciones sociales como son la honestidad, el respeto a la ley, el sacrificio por los demás, la solidaridad y generosidad pero la percepción es que la generación anterior lograba educar mejor en estas virtudes.

5. Referencias bibliográficas

- BARUDY, J. y DATAGNAN, M. (2005): *Guía de valoración de las competencias parentales a través de la observación participante*. Instituto de formación, investigación e intervención sobre la violencia familiar y sus consecuencias, <http://www.fundacionesperanza.cl/buentrato/Competencias_Parentales_BT.pdf> (consultado: 21 junio 2010).
- BAZO, M.^a T. (2002): «Dar y recibir: análisis comparativo de las prácticas de intercambio entre generaciones, referencias y valores en las familias españolas», *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 42, pp. 55-66.
- CALZADA, E. J., FERNÁNDEZ, Y. y CORTES, D. E. (2010): «Incorporating the cultural values of respect into a framework of Latino parenting», *Cultural Diversity & Ethnic Minority Psychology*, 16, 1, pp. 77-86.
- CÁNOVAS, P. y SAHUQUILLO, P. M. (2010): «Educación y diversidad familiar: aproximación al caso de la monoparentalidad», *Educatio Siglo XXI*, 28,1, pp. 109-126.
- CHAN, S. M.; BOWES, J. y WYVER, S. (2009): «Parenting style as a context for emotion socialization», *Early Education and Development*, 20, 4, pp. 631-656.
- CONSEJO ESCOLAR DEL ESTADO – MEC (2010): *Informe sobre el estado y situación del sistema educativo*, Subdirección General de Documentación y Publicaciones: Madrid.
- DE MONTIGNY, F. y LACHARITÉ, C. (2005): «Perceived parental efficacy: concept analysis», *Journal of Advanced Nursing*, 49, 4, pp. 387-396.
- DELGADO, M. (2007): *Encuesta de fecundidad, familia y valores 2006*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- GRONHOJ, A. y THOGERSEN, J. (2009): «Like father, like son? Intergenerational transmission of values, attitudes, and behaviours in the environmental domain», *Journal of Environmental Psychology*, 29, 4, pp. 414-421.
- HILLAKER, B. H.; BROPHY-HERB, H. E.; VILLARRUEL, F. A. y HAAS, B. E. (2008): «The contribution of parenting to social competences and positive values in middle school youth: positive family communication, maintaining standards, and supportive family relationships», *Family Relations*, 57, pp. 591-601.
- KNAFO, A. y SCHWARTZ, S. H. (2003): «Parenting and adolescents' accuracy in perceiving parental values», *Child Development*, 74, 2, pp. 595-611.
- LÓPEZ LÓPEZ, T. (2008): «Cap. 3», en DOMINGO MORATALLA, A. y otros (eds.), *Familia, escuela y sociedad: responsabilidades compartidas en la educación*, Fundación Acción Familiar, Madrid.

- MACCOBY, E. E. (2007): «Historical overview of socialization research and theory», en GRUSEC, J. E. y HASTINGS, P. D. (eds.), *Handbook of socialization: theory and research*, Guilford Press, New York, pp. 13-41.
- MARTÍNEZ, R. A. (2009): *Programa-guía para el desarrollo de competencias emocionales, educativas y parentales*, Ministerio de Sanidad y Política Social, Madrid.
- MARY-KLOSE, P.; MARY-KLOSE, M., VAQUERA, E. y ARGESSEANU, S. (2010): *Infancia y futuro. nuevas realidades, nuevos retos*, Col. «Estudios Sociales», n.º 30, Fundación «La Caixa», Barcelona.
- MEIL, G. (2006): *Padres e hijos en la España actual*, Col. «Estudios Sociales», n.º 19, Fundació «La Caixa», Barcelona.
- MUSITU, G.; ESTÉVEZ, E. y JIMÉNEZ, T. (2010): *Funcionamiento familiar, convivencia y ajuste en hijos adolescentes*, Cinca, Madrid.
- OLIVA, A.; PARRA, A. y ARRANZ, E. (2008): «Estilos relacionales parentales y ajuste adolescente», *Infancia y Aprendizaje*, 31,1, pp. 93-106.
- OLSON, D. H.; RUSSELL, C. S. y SPRENKLE, D. H. (1983): «Circumplex model of marital and family system, VI: Theoretical update», *Family Process*, 22, pp. 69-83.
- PÉREZ, P. M.^a y CÁNOVAS, P. (1995): «Relaciones familiares y valores: Análisis intergeneracional», *Infancia y Sociedad*, 29, pp. 117-145.
- PÉREZ DÍAZ, V.; RODRÍGUEZ, J. C. y SÁNCHEZ FERRER, L. (2001): *La familia española ante la educación de sus hijos*, Col. «Estudios Sociales», n.º 5, Fundación la Caixa, Barcelona.
- PICHARDO, M. C.; JUSTICIA, F. y FERNÁNDEZ CABEZAS, M. (2009): «Prácticas de crianza y competencia social en niños de 3 a 5 años», *Pensamiento Psicológico*, 6, 13, pp. 37-48.
- RODRÍGUEZ, M. A. (2004): *Un análisis de la educación familiar desde la teoría pedagógica: propuesta de bases fundamentales para un modelo integrado*, tesis doctoral, Universitat de Valencia, Servei de Publicacions, Valencia.
- ROEST, A. M. C. y SEMON, D. (2009): «Value transmissions between fathers, mothers, and adolescent and emerging adult children: the role of the family climate», *Journal of Family Psychology*, 23, 2, pp. 146-155.